

Por coroneles fueron elegidos grandes propietarios, que habían servido en otro tiempo y á quienes se atrajo con un alto grado. Se pidieron oficiales de inferior graduación al príncipe Poniatowski. Aunque ya algo amoldada la población de Lituania al yugo de Rusia, según hemos dicho, no carecía de celo por la causa de su independencia, pero los señores no podían menos de temer la vuelta de los rusos y se acobardaban singularmente ante las proscripciones y los secuestros. Saqueo y devastación tenían las poblaciones del campo. Con excepción de los judíos, se hallaba en perfecta disposición el vecindario de las ciudades, si bien era poco numeroso y estaba muy vejado. Todos, pobres y ricos, se habían arruinado á consecuencia del bloqueo continental y la residencia de las tropas rusas. Finalmente se les hablaba de su independencia con cierta reserva, de que Napoleón no podía dispensarse, y sólo se mostraba vehemencia al hablar de los sacrificios que eran forzosos. Atenuando estas causas el celo sin destruirlo, se habían hecho más arduas las creaciones de que había que ocuparse, siendo ya ellas harto difíciles de suyo.

A los regimientos de línea se añadieron guardias nacionales. Empezóse por crear la de Wilna, que debía ser de mil quinientos hombres. Necesitando especialmente el campo de una milicia para el mantenimiento del orden, se crearon guardas de coto, especie de milicia nacional de á caballo, acomodada á las costumbres del país y á las distancias que debía recorrer. Al principio se compuso de cuatro escuadrones de ciento veinte hombres, uno para cada gobierno. Estos guardas de á caballo debían servir de guías á los destacamentos de caballería francesa, encargados de perseguir á los pillos, á los merodeadores y á los bandidos. Esta represión del merodeo pareció á Napoleón que debía ser el primer cuidado para impedir la disolución del ejército, y para atraer, tranquilizándola, á la población á sus hogares. De consiguiente se crearon columnas de caballería veterana, que precedida de destacamentos de guardas de coto polacos se pusieron á recorrer el campo, á auxiliar á los señores asaltados en sus castillos, á atraer á los paisanos ocultos en los bosques, á recoger á los hombres de buena voluntad que no estaban más que extraviados, á capturar y á fusilar á los facinerosos. Comisiones militares seguían á estas columnas, y al mismo siguiente día de su institución, esto es, en la primera semana de julio, hicieron juzgar y fusilar á alemanes, italianos y franceses en la plaza pública de Wilna.

Desgraciadamente el mal era ya harto grande, y el número de veinticinco ó treinta mil desbandados se aumentaba en vez de disminuir, á causa de las marchas precipitadas de muchos cuerpos de ejército. Especialmente en el primero, á pesar de estar muy en regla como á cargo del mariscal Davout, se había desbandado el regimiento 33 de ligeros, compuesto de holandeses casi por completo, y saqueaba implacablemente el cantón de Lida, uno de los más fértiles del país. Las casas de campo estaban devastadas, los víveres destruídos, lo cual remató la ruina de este cantón después del tránsito de los cosacos. Al dirigirse á su puesto el subprefecto de Nowoi-Troki fué atacado en el camino, y llegó allí sin ninguna especie de equipaje. Correos de los procedentes de París habían ya sido desbalijados. Por fortuna las columnas de á caballo empezaron á po-

ner á los facinerosos en fuga, á tranquilizar algo á los señores, á atraer á los paisanos, si bien no podían echar mano á los rezagados, que se metían por los bosques ó retrogradaban al Niemen para repararlo. Por lo demás, los que tomaban este último partido eran menos peligrosos para el ejército que los otros.

Otro inconveniente que había que remediar en los caminos era el de los cadáveres de hombres y cuerpos muertos de caballos, que yacían insepultos é infestaban el aire, y más con el calor sofocante que se experimentaba ya hacía algunos días. En Italia, en Alemania, países pobladísimos, siempre que había muertos por el fuego ó por otras causas, los habitantes interesados personalmente en la salubridad de sus comarcas se apresuraban á sepultarlos, y hasta comunmente la prisa de despojarlos impulsaba á los paisanos á no perder tiempo. Pero aquí, con aldeas distantes cinco ó seis leguas unas de otras, y diez á veces, nada se atendía á este género de cuidado, é independientemente de algunos reclutas, que sucumbieron de fatiga, de hambre ó de pasmo, á causa del mal tiempo, infestaban la atmósfera ocho mil caballos muertos. A los deberes impuestos á estas columnas, añadió Napoleón el de enterrar á los hombres y á los caballos.

Desde Koenigsberg á Wilna hizo que se estableciera una serie de puestos militares, donde debía haber un comandante, un almacén, un pequeño hospital, una parada de caballos y una patrulla encargada de velar por la seguridad del camino y el enterramiento de los muertos.

Al mismo tiempo que Napoleón se ocupaba en todos estos objetos, dedicaba su especial cuidado á un asunto el más urgente de cuantos podían atraer su atención, el de los víveres y convoyes. Ante todo, con los abañiles de la guardia y los del mariscal Davout dispuso la construcción en Wilna de hornos, capaces de cocer diariamente cien mil raciones. Faltando carpinteros para armar las cimbras, se buscaron en los diversos cuerpos. Por desgracia los ladrillos, única especie de material que se podía usar en aquel país, donde escaseaba la piedra, no se hallaba más que á alguna distancia de Wilna. A falta de los caballos de artillería, casi extenuados, no vaciló Napoleón en exigir los de los carros de los estados mayores, á fin de transportar los ladrillos al pie de la obra. Cada día iba á examinar personalmente lo que avanzaban estos trabajos.

No era la construcción de hornos la única dificultad que había que vencer para asegurar la subsistencia del ejército en Wilna. A pesar de los destrozos del enemigo, abundaban bastante los granos; pero no teniendo siempre tiempo los rusos de destruirlos, se daban particularmente á destruir los molinos. Se necesitaba, pues, repararlos ó requerir á los que habían quedado intactos para que redujeran el grano á harina. Provisionalmente se tomó la que llevaba el primer cuerpo, siempre el mejor provisto, á reserva de devolvérsela más tarde. Tahoneros había bastantes para amasar y cocer el pan, gracias á los que llevaban la guardia y el primer cuerpo.

De seguida pensó Napoleón en crear grandes almacenes, tanto en Kowno y en Wilna como en las demás ciudades de que se iba á apoderar sucesivamente. Resolvió hacer en Lituania una requisición de ochenta mil quintales de granos y de una cantidad proporcionada

de avena, de paja, de heno, de forraje, etc. Carne abundaba, gracias al ganado que el ejército llevaba consigo, y tanto que la disentería, que empezaba á cundir en las filas, procedía mucho de la gran cantidad de carne, comida sin sal, sin pan y sin vino. Para después de hechas estas requisiciones, dispuso Napoleón que se acopiara un millón de quintales de granos, ya por cuenta de las contribuciones que debía pagar el país, ya á costa de dinero. No era imposible realizar este inmenso acopio si se presentaba la cosecha buena y la recolección no llegaba á ser estorbada por las hostilidades.

Nueva intervención de la poderosa voluntad de Napoleón exigían los medios de transporte. A la sazón acababan de cruzar la distancia entre Dantzick y Kowno los primeros convoyes dirigidos por el coronel Baste, que en más de un sitio vióse obligado á hacer limpiar los canales, y á quien costó infinito trabajo adaptar los barcos á la naturaleza de las corrientes de agua. Napoleón experimentó una verdadera alegría; pero faltaba que estos convoyes se remontaran de Kowno á Wilna por el sinuoso riachuelo Wilia. De veinte días era la travesía, casi tan larga como de Dantzick á Kowno, aunque la distancia no pasara de la quinta ó la sexta parte. Napoleón hizo reunir bateles para procurar que esta navegación se acortase con el auxilio de los marineros de la guardia. Si no salía bien el ensayo, pensaba renunciar al proyecto y substituirlo con una grande empresa de transporte por tierra, que se proponía confiar á una compañía de judíos polacos. No siendo difícil encontrar granos en los parajes donde estaba, limitó los objetos de transporte á la harina, después á las bebidas espirituosas, al arroz, á los efectos de vestuario y á las municiones de artillería.

No se habían obtenido los resultados que se esperaban de la organización de los trenes militares. Desde el Elba al Niemen se perdieron la mitad de los carros, una tercera parte de caballos y una cuarta de hombres. Según hemos dicho, sólo llegaron los ligeros carros de violín, aunque retrasándose algunos. Napoleón determinó que por demasiado pesados quedaran en Wilna los carros de nuevo modelo y sólo se llevaran los del antiguo y los muy ligeros de violín á Rusia; pero habiendo perdido el tren de artillería muchos caballos y pareciéndole más necesarios que el pan las municiones de guerra, pues si aquí y allá se encontraban algunos víveres en los campos, no se hallaban cartuchos en ninguna parte, se aplicaría á la artillería parte de los caballos de los equipajes. A los carros que se quedaban sin tiros dispuso que se uncieran bueyes, y cuando no los hubiera, caballos del país, raza pequeña, pero fuerte y dura en la fatiga, aunque infestada como los hombres de la horrible enfermedad de la plica. Desgraciadamente era más fácil expedir estas órdenes que ejecutarlas, pues no había posibilidad de procurarse yugos para uncir los bueyes, ni con qué herrarlos, ni boyeros para conducirlos.

Vese, pues, que de diversos cuidados de infinita multiplicidad y de éxito dudoso exigía la temeraria empresa de trasladar seiscientos mil hombres á un país lejano, que difícilmente podía mantenerlos, con un material harto poco experimentado y con una porción inmensa de reclutas mezclados con los veteranos, unos y otros iguales en el fuego sin duda, bien que desigualísimos

en la fatiga. Aunque se hizo más caviloso al tocar los obstáculos de cerca, aún tenía Napoleón el convencimiento pleno de su poderío. Efectivamente, unos pocos días le habían bastado para conquistar la Lituania y cortar en dos el ejército ruso: se lisonjeaba de coger á Bagratión ó de inutilizarle por mucho tiempo, y á pesar de la dificultad de los lugares, del clima, de la distancia, esperaba de sus maniobras bien entendidas resultados correspondientes á su política y á su gloria. Así, aun recibiendo cortésmente al ministro de Alejandro, Mr. de Balachoff, estaba resuelto á no aceptar las proposiciones de que era portador este enviado. Con efecto, así para Alejandro como para Napoleón, no era ya hora de tratar de ajuste, y sólo la espada podía resolver la terrible cuestión que acababa de ser suscitada.

Antes del paso del Niemen, todavía fuera posible abocarse y gastar algunos días en parlamentos, no teniendo nadie que hacer el sacrificio de su decoro, puesto que Napoleón no había de repasar el Niemen, ni Alejandro se veía reducido á tratar sobre su invadido territorio. Pasado el Niemen, estaba gravemente comprometido, tanto el honor del uno como el del otro. Para Napoleón había otras razones que le imponían en el caso de no dar oídos á nada: primeramente la estación, pues ya era julio y sólo quedaban para operar tres meses, y además el tiempo que negociando se daría á los rusos, ora para traer junto al Vistula las tropas de Turquía, ora para reunir las tropas de Bagratión á las de Barclay de Tolly. Siendo un arcano lo porvenir para Napoleón como para todos los mortales, no debía escuchar las proposiciones de Mr. de Balachoff. Sin duda valiera cien veces más no haber comenzado la guerra; pero ya empezada era imposible detenerse en Wilna, y nada había más conveniente que rechazar de una manera atenta y hasta urbana al enviado de Alejandro. Por desgracia, Napoleón hizo más, pues zahirió vehementemente á Mr. de Balachoff, no sabiendo dominar sus arranques, á poco que se le contrariara, sobre todo desde que la edad y la victoria le habían impulsado á prescindir de todo freno. De seguro templa la edad cuando la vida ha sido una mezcla de triunfos y de reveses; al contrario, embriaga y ciega cuando la vida no ha sido más que una larga serie de triunfos.

Al pronto Napoleón recibió á Mr. de Balachoff con bastante cortesía, y hasta le oyó con atención benévola cuando le dijo que su soberano se había sorprendido al ver invadida tan de repente la frontera rusa, sin declaración de guerra y bajo el doble pretexto, muy poco formal, de la solicitud de pasaportes hecha por el príncipe Kourakín, y de la condición de evacuar el territorio prusiano, exigida como preliminar indispensable de cualesquiera negociaciones. Napoleón dejó repetir que se había censurado al príncipe Kourakín vivamente, que en materia de evacuación sólo se pedía la del territorio ruso, y que si los franceses querían repasar, no el Vistula y el Oder, sino el Niemen tan sólo, prometía negociar con franqueza, con cordialidad y con deseo de entenderse; que la corte de Rusia no había aún contraído ningún compromiso con Inglaterra, sobre lo cual hacía empeñar Alejandro su palabra de hombre y de soberano; y que, por consiguiente, según todas las probabilidades, se volvería á la anterior buena inteligencia; pero que si esta condición no era admitida, el zar, en nombre

de su nación, adquiría el compromiso, cualesquiera que fuesen los azares de la guerra, de no entrar en tratos mientras quedara un solo francés en el territorio de Rusia.

Napoleón oyó este lenguaje sin enojo, como hombre que tiene el sentimiento de su fuerza y ha abrazado ya su partido. Respondió que ya era tarde para venir á parlamentos, y que le era imposible repasar el Niemen. Y reprodujo su dicho de costumbre, que se había armado porque se había armado en su contra; que armando y todo, quiso negociar, á lo cual se negó la Rusia; que después de anunciar el envío á París de Mr. de Nesselrode, nada se habló de esto; que además se fió á Mr. de Kourakin la misión de exigir una condición deshonrosa, la de repasar el Vístula y el Óder; que apenas se podrían proponer tales cosas al gran duque de Baden; que finalmente, para coronar esta conducta, Mr. de Kourakin había persistido en reclamar sus pasaportes, y que Mr. de Lauristón había sufrido un desaire, cuando solicitó el honor de trasladarse adonde se hallaba el emperador Alejandro; que entonces se colmó la medida, y el ejército francés debió cruzar el Niemen.

Mr. de Balachoff no se hallaba bastante instruido de los hechos para responder á estas aserciones con la verdad sencilla. Contentóse con repetir que su soberano deseaba la paz, y que libre de todo compromiso aún podía celebrarla bajo las condiciones que desde 1804 mantuvieron la más perfecta inteligencia entre ambos imperios. «Creo, dijo Napoleón, que sois libres respecto de los ingleses, pero pronto vendrá la avenencia. Un sólo correo bastará para ponerse de acuerdo y estrechar los vínculos de la nueva alianza. Ya hace tiempo que vuestro emperador ha empezado á avenirse con Inglaterra; tiempo hace ya que he visto producirse en su política este movimiento. ¡Cuán excelente reinado pudo ser el suyo! No necesitaba más que entenderse conmigo... Le he dado la Finlandia (grave falta de que nunca debió Napoleón vanagloriarse); le he prometido la Moldavia y la Valaquia, y ya iba á obtenerlas; pero de repente se deja circundar por mis enemigos y aun se rodea exclusivamente de ellos; vuelve en mi contra las armas que sólo debía esgrimir contra los turcos, y lo que ha ganado es no poseer la Moldavia ni la Valaquia. Hasta se dice, añadió Napoleón en tono interrogatorio, que habéis firmado la paz con los turcos sin obtener estas provincias.» Habiendo respondido Mr. de Balachoff afirmativamente, afectado Napoleón, con viveza aunque sin manifestarlo, continuó de este modo: «Por consiguiente, vuestro soberano no poseerá estas hermosas provincias; y sin embargo, las hubiera podido agregar á su imperio, y bajo un solo reinado se extendiera así la Rusia desde el golfo de Bothnia hasta las bocas del Danubio. Catalina la Grande no hizo tanto. Todo esto lo hubiera debido á mi amistad, y él y yo tuviéramos la gloria de vencer á los ingleses, ya reducidos á los últimos apuros ¡Ah, cuán magnífico reinado, repitió Napoleón muchas veces, pudo ser el de Alejandro! Pero ha preferido rodearse de mis enemigos. ¡A su lado ha llamado á un Stein, á un Armfeld, á un Wintzigerode, á un Benningsen! ¡Stein, expulsado de su país; Armfeld, un intrigante y un perdido; Wintzigerode, súbdito rebelde de Francia; Benningsen, algo más militar que los otros, pero incapaz, que nada supo hacer en 1807 y que

sólo trae horribles recuerdos á la memoria de vuestro soberano! ¡Recurrir á tales gentes, y colocarlas tan cerca de su persona!.. Enhorabuena si tuvieran suficiencia; pero tales como son, no sirven para el gobierno ni para el combate. Se dice que Barclay de Tolly sabe algo más que los otros; nadie lo creería á juzgar por vuestros primeros movimientos. ¿Y qué hacen todos? Mientras Pfuhl propone, Armfeld contradice, Benningsen examina, Barclay, encargado de ejecutar, no sabe qué concluir, y así pasa el tiempo sin hacer nada. Sólo Bagration es un militar verdadero, de talento escaso; pero tiene experiencia, golpe de vista, arrojo... ¿Y qué papel se hace representar á vuestro soberano en medio de esa barandada? Se le compromete, se hace que pese sobre sus hombros la responsabilidad de todas las faltas. Un soberano, sólo cuando es general debe hallarse al frente de sus tropas. Cuando no lo es, debe alejarse y dejar que obre libremente un general responsable, en lugar de ponerse á su lado para contrariarle y echar toda la responsabilidad sobre su cabeza. Fijaos en vuestras primeras operaciones: ocho días hace que se abrió la campaña, y no habéis sabido defender á Wilna: vuestras fuerzas se hallan cortadas, y estáis expulsados de vuestras provincias de Polonia: vuestro ejército se queja y murmura y con fundamento. Además conozco vuestras fuerzas, pues cuento vuestros batallones tan exactamente como los míos. Aquí en línea sólo me podéis oponer doscientos mil hombres, y mis fuerzas son triples, como que os empeño mi palabra de honor sobre que del lado de acá del Vístula tengo quinientos treinta mil soldados. Los turcos no os serán de utilidad alguna; para nada son buenos y lo acaban de probar firmando la paz con vosotros. Destinados están los suecos á ser regidos por personas extravagantes. Un rey tenían loco; lo cambian, y toman otro no menos demente, pues forzoso es estarlo para que se os una quien se llama sueco, ¿y qué son en suma todos esos aliados juntos? ¿Qué pueden todos ellos? Muy distintos aliados tengo yo en los polacos: ochenta mil son, y se baten con rabia, y serán doscientos mil en breve. Me voy á apoderar de todas vuestras provincias polacas: quitaré á todos los deudos de vuestra familia reinante cuanto aún les quedaba en Alemania, y á todos os los enviaré sin corona y sin patrimonio. Hasta borraré del mapa de Alemania á la Prusia, si llegareis á conmovierla, y os daré por vecino un enemigo jurado. A arrollaros voy más allá del Dwina y del Dnieper, y á restablecer contra vosotros una barrera, derribada por culpa y por ceguedad de la Europa. He ahí lo que habéis ganado con romper conmigo y dejar mi alianza. ¡Cuán hermoso reinado, dijo Napoleón de nuevo, pudo ser el de vuestro soberano (1)!»

Trabajando Mr. de Balachoff por contenerse, respondió respetuosamente que al reconocer la bizarría de los ejércitos franceses y el superior talento de su caudillo, no desesperaba todavía del resultado para los rusos de la lucha en que se les empeñaba, pues se batirían con bríos y hasta desesperadamente, y Dios los prote-

(1) Siempre fiel á la costumbre de no admitir discurso cuya substancia por lo menos no sea exacta, no reprodujera yo este diálogo sin tener á la vista el manuscrito muy curioso é imparcialísimo á todas luces, en que Mr. de Balachoff refirió esta entrevista, muy distinto de un interesante folleto publicado en su nombre, si bien sólo contiene esta relación en compendio. (N del A.)

gería sin duda en una guerra que tenían por justa, pues según repetía de continuo, no la habían buscado de ningún modo. Interrumpida fué al poco tiempo la conversación después de girar casi sobre los mismos temas, y Napoleón dejó á Mr. de Balachoff, para montar á caballo, convidándole á comer aquel mismo día.

Luego de volver al alojamiento donde se hospedaba y de admitir á Mr. de Balachoff á su mesa, tratóle benévola y familiarmente, si bien con familiaridad á menudo ofensiva; y obligóle muchas veces á defender su soberano y á su patria. Repetidamente le habló de Moscou, del aspecto de la ciudad, de sus palacios, de sus templos, al modo que un viajero que va á un país se informa de los que están de retorno. Habiéndole hablado hasta de los diversos caminos que conducían á Moscou, herido Mr. de Balachoff en lo más vivo, le respondió que había muchos, que la elección dependía del punto de partida, y que entre ellos había uno que pasaba por Pultawa. Haciendo Napoleón versar la conversación sobre los muchos conventos que se encontraban en Polonia y especialmente en Rusia, dijo que éstos eran tristes síntomas del estado de un país y denotaban su civilización atrasada. Mr. de Balachoff repuso que cada país tenía sus instituciones peculiares, y que lo que se acomodaba á uno podía no convenir á otro. Insistiendo Napoleón y sustentando que esto dependía menos de los lugares que de los tiempos, y que al siglo actual no le convenían conventos, irritado Mr. de Balachoff nuevamente repuso que efectivamente el espíritu religioso había desaparecido casi de toda Europa, si bien aún quedaba en dos países, España y Rusia. Esta alusión á las resistencias que había encontrado en España y á la que podía hallar en otra parte, desconcertó algún tanto á Napoleón, quien á pesar de su talento prodigioso, tan rápido en la conversación como en la guerra, no supo qué responder. Así como la extremada opresión provoca la rebeldía, el talento eminente que abusa de su superioridad halla á veces justos dichos picantes, á los cuales no encuentra réplica para su castigo. Cuantas personas juiciosas había en torno de Napoleón, deploraron el lenguaje usado con Mr. de Balachoff y temieron sus consecuencias. Conociólo Napoleón de igual modo, y terminada la comida, cogió á Mr. de Balachoff aparte, le habló más formal y dignamente, le dijo que estaba dispuesto á hacer alto y á entrar en negociaciones, si bien á condición de que se le abandonarían las antiguas provincias polacas, esto es, la Lituania, si no como posesión definitiva, á lo menos como ocupación momentánea; ínterin durasen los tratos; que haría la paz á condición de una cooperación absoluta y sin reserva de Rusia contra Inglaterra; que de otro modo sería necesario hacer alto y perder los dos meses que le quedaban para sacar de la abierta campaña los resultados que se prometía. Además protestó de sus buenos sentimientos hacia la persona del emperador Alejandro; atribuyó la culpa del desacuerdo entre ambos imperios á los cizañeros que rodeaban á aquel soberano; despidió en seguida á Mr. de Balachoff amistosamente, é hizo que se le dieran sus mejores caballos para conducirlo donde estaban las avanzadas.

Estas contemplaciones tardías no alcanzaban á reparar el mal ya hecho. Sin ser Mr. de Balachoff narrador malévolo, tenía que referir, por ser exacto, una porción

de especies que debían ofender profundamente á Alejandro y de convertir una disputa política en una disputa personal. Más tarde tuvo Napoleón la prueba de ello. Así, poseyendo el arte de seducir en grado sumo, cuando se tomaba el trabajo de apelar á este medio, sin peligro no se podía hallar en presencia de hombres con quienes hubiera de entrar en tratos: tan violenta y tan difícil de refrenar se había hecho en él la irascibilidad de la omnipotencia. Su célebre conversación con lord Witworth en 1803 acredita que este mal era añejo; pero la que acababa de tener con Mr. de Balachoff y la que tuvo con el príncipe Kourakin el último verano demuestran que el mal se había aumentado singularmente, bajo la influencia de no interrumpidos triunfos. Mr. de Balachoff partió sin demora; una vez más vió á Murat en las avanzadas, hallóle siempre lleno de donaire, cariñoso, protestando contra esta nueva guerra, defendiéndose de toda pretensión al reino de Polonia, procurando hacer su paz personal con Alejandro, al par que le iba á combatir briosamente en todos los campos de batalla de Rusia.

Mientras Napoleón atendía á los cuidados que acabamos de enumerar en Wilna, los ejércitos rusos y franceses continuaban sus movimientos. Los seis cuerpos de infantería y los dos de caballería de reserva del general Barclay de Tolly pusieron en camino hacia el Dwina; los más cercanos, que daban frente á nuestra izquierda, marchaban allá en derecha; los otros, situados hacia nuestra derecha, tenían que ejecutar un movimiento circular en torno de Wilna, forzando el paso para que el mariscal Davout no los cortara. Haciéndose más violento en el estado mayor ruso el plan atribuido al general Pfuhl de la división en dos ejércitos, y no sabiendo aquél oponer á las objeciones que se le hacían más que arranques de mal humor ó el desdeñoso silencio de quien hacía alarde de genio desconocido, vióse obligado el emperador Alejandro á ceder ante la sublevación de los ánimos, y á enviar al príncipe Bragration, además de la instrucción para replegarse sobre el Dnieper, la de dirigirse al Minsk á toda prisa, con el fin de que pudiera incorporarse al ejército principal cuando se juzgara necesario.

A consecuencia de estas órdenes diversas, cada cual marchó lo mejor y más pronto que pudo. Los tres cuerpos de Barclay de Tolly situados á nuestra izquierda, los de Wittgenstein, Bagowouth y de la guardia, que al principio se hallaban en Rossiena, en Wilkomir, en Wilna, se habían retirado en dirección de Drisa sin obstáculo alguno, seguidos tan sólo por los mariscales Macdonald, Oudinot y Ney. Sin embargo, uno de ellos, según se ha visto, fué no poco encentado por el mariscal Oudinot en Deweltowo. Su movimiento, gracias á su posición y á la delantera que llevaba, se terminó sin dificultades, á pesar de la persecución de nuestra caballería. Los cuerpos de Touczkoff y de Schouvaloff, situados el primero en Nowoi-Troki, el segundo en Olkeniki, uno y otro á la derecha de Wilna (la derecha con relación á nosotros), se pusieron en marcha el 27 de junio, víspera del día de nuestra entrada en Wilna, tuvieron tiempo de retirarse, y pudieron substraerse á nuestra persecución antes de que la caballería de los generales Pajol y Bordessoulle y la infantería del mariscal Davout consiguiera darles alcance. Sin embargo,

hallándose en Orani la retaguardia del cuerpo de Schouvaloff, no pudo transponer á tiempo el camino de Ochmiana á Minks, que seguía el mariscal Davout, y quedó entre éste y el Niemen errante y procurando unirse al hetmán Platow y refugiarse al lado de Bagratión en su compañía. Por último, restaba el 6.º cuerpo, el del general Doctoroff y el 2.º de caballería del general Korff, llevados más lejos hacia nuestra derecha, por Lida, y necesitando correr más circuito para girar en torno de Wilna. Despachada para ellos como para los demás cuerpos la orden de retirarse el 26 de junio, les llegó el 27, se pusieron inmediatamente en camino y marcharon sin descanso hacia Ochmiana y Smorgoni. El vigilante y bravo Doctoroff, ya conocido y estimado por nuestro ejército, dirigía su movimiento. No perdió instante; así el 29 transpuso el camino de Wilna á Minks, y llegó el 30 á Donachevo, sin dejar tras de sí más que bagajes y retaguardias, acosados por los generales Pajol y Bordessoulle con viveza. En marcha se volvió á poner el 1.º de julio, para incorporarse al grande ejército de Barclay de Tolly, forzando el paso.

Tal era el estado de las cosas el 1.º de julio. A nuestra derecha no había más que algunos destacamentos de Doctoroff, la retaguardia del cuerpo de Schouvaloff á las órdenes del general Dorokoff, el hetmán Platow con ocho ó diez mil cosacos, sin más recurso unos ni otros que replegarse sobre Bagratión, siguiendo á lo largo del Niemen.

Partido de Wilna el mariscal Davout para sostener la caballería de los generales Pajol y Bordessoulle y estorbar la retirada del príncipe Bagratión sobre el Dnieper, caminó tan de prisa como pudo y sin embargo no llegó á tiempo de dar á los generales Pajol y Bordessoulle la fuerza que necesitaban para encontrar el cuerpo de Doctoroff, y continuó marchando sobre Minks, bien convencido de cuanto tenía que hacer contra el príncipe Bagratión, separado de Barclay de Tolly de todos modos.

En este país de selvas y pantanos, ya muy oscuro de suyo y cuyos habitantes no contribuían á disipar la obscuridad por escasos y poco inteligentes, circulaban los rumores más contradictorios, y tan pronto designaban las tropas con que se acababa de tropezar, diciendo ser los restos del ejército de Barclay de Tolly, como la cabeza de Bagratión, que se adelantaba con ochenta mil hombres, según unos, con cien mil, según otros. Gracias á la experiencia de su oficio y á su firmeza de carácter estaba exento el mariscal Davout de un defecto tan común y peligroso en la guerra como el de abultarse los objetos. Después de marchar adelante el 2 y 3 de julio hasta Volosjín, mitad de camino de Wilna á Minks, recogiendo atentamente y sin perturbarse las noticias de los prisioneros, de los habitantes, de los párrocos, distinguió claramente que á su izquierda se le había escapado un cuerpo, el del general Doctoroff, y que retaguardias de infantería y caballería, cortadas de sus cuerpos principales, andaban errantes hacia su derecha por los bosques, donde sería posible encerrarlas y cogerlas, marchando contra Bagratión. ¿De qué fuerza disponía éste? Davout lo ignoraba. Realmente Bagratión tenía unos cincuenta mil hombres, y si se reforzaba con la retaguardia de Dorokoff, fuerte de tres mil infantes, y de ocho mil cosacos de Platow, estaba en aptitud de juntar sesenta y cinco ó setenta mil combatientes.

Según las indicaciones generales, calculó Davout á Bagratión por lo menos sesenta mil hombres, cuarenta mil de ellos de infantería. En este país, cubierto de maleza, donde se le alcanzaba ser muy fácil la defensiva, no temía el mariscal encontrar cuarenta mil rusos de infantería, pudiendo oponerles sólo veinte mil con la división de Compáns, que dirigía personalmente sobre el camino de Ochmiana, con la división de Desaix, que estaba sobre el de Lida y que por un movimiento transversal se podía atraer muy pronto. Aún hubieran debido suministrarle estas dos divisiones veinticuatro mil hombres de infantería; pero los ilirios, anseatas, holandeses y especialmente los reclutas languidecían por los caminos ó lo saqueaban todo á su paso. No tenía, pues, más que diez y ocho ó veinte mil infantes, si bien eran de los mejores. De caballería llevaba más que le hacía falta, es decir, los húsares y los cazadores de los generales Pajol y Bordessoulle, los coraceros de Valencia destacados del cuerpo de Nansouty, y finalmente el cuerpo entero de Grouchy, separado momentáneamente del príncipe Eugenio y lanzado por Napoleón en dirección de Grodno para establecer una comunicación con el rey Jerónimo. Toda esta caballería tuvo orden de obedecer al mariscal Davout y podía presentar diez mil jinetes. En país tan bravo prefería Davout tres ó cuatro mil hombres de infantería á la más hermosa caballería.

Con todo, se adelantó sobre Minks, no teniendo ningún recelo de encontrar al príncipe de Bagratión; haciéndose fuerte, por el contrario, para contenerle é impedirle ganar el Dnieper, aunque no lisonjeándose de envolverle y aprisionarle con tan poca gente. Por lo demás, ya era importantísimo resultado el de oponer obstáculos á su marcha, pues así se le iba á obligar á descender de nuevo hacia los pantanos de Pinsk, y si el rey Jerónimo, que había debido pasar el Niemen por Grodno, avanzaba rápidamente con los setenta ó setenta y cinco mil hombres de que disponía, se tenía la probabilidad de copar al segundo ejército ruso. Davout dió parte de esta situación á Napoleón y de su resolución de penetrar sobre Minks en derecha, á pesar de las fantasmas de que iba rodeado por aquel camino, le pidió que le enviara apoyo, ya hacia su izquierda contra un retroceso ofensivo de las columnas que se le habían escapado, ya á su espalda para que pudiese detener al príncipe Bagratión por sí solo si era necesario. Al mismo tiempo escribió al rey Jerónimo para que acelerara el paso y extendiera el brazo hacia Ivié ó Volosjín, puntos sobre los cuales era posible darse la mano, y finalmente para que no omitiera nada por realizar una incorporación que prometía tan excelentes resultados.

Así se adelantó el intrépido mariscal los días 3, 4 y 5 de julio de Volosjín sobre Minks, ora tropezando directamente con la columna fugitiva de Dorokoff, ora encontrando sobre su derecha á los cosacos de Platow, que se designaban siempre como la cabeza del ejército de Bagratión. Conociendo á pesar de todo que, según se acercaba á Minks, crecía el peligro, y viendo ensancharse también la distancia que le separaba de sus refuerzos, multiplicó los reconocimientos sobre su derecha para saber exactamente qué caballería era aquella que corría por todos lados, si era el mismo cuerpo de Bagratión por ventura, y si habría modo de comunicarse con el rey Jerónimo. Así acabó por retardar algo su marcha

y se detuvo entre Volosjín y Minks día y medio para tener tiempo de incorporarse la división de Desaix, así como la caballería de Grouchy lanzada á gran distancia, y para entrar en Minks á la cabeza de sus fuerzas reunidas.

Entretanto Napoleón recibió las demandas de socorro que el mariscal Davout le dirigía. Estas demandas eran fundadas, pues si con veinte mil hombres de infantería y diez mil de caballería no temía Davout encontrar doble número de fuerzas en un país favorabilísimo á la defensiva, teniéndolas tan reducidas estaba obligado á ser circunspecto, á avanzar con precaución, á hacer reconocimientos por derecha é izquierda y á perder así un tiempo precioso. Con dos divisiones más siguiera adelante en derecha, sin darle cuidado de que el rey Jerónimo pudiera incorporarse: sin detenerse corriera á Minks, de Minks al Berezina, del Berezina al Dnieper, hasta que tomara al príncipe Bagratión la delantera. Llegando el rey Jerónimo de seguida, se envolviera al príncipe georgiano y probablemente se le hiciera lo que al general Mak en Ulm. Tan gran resultado era éste que valía la pena de que se le sacrificasen cualesquiera combinaciones. Mas para obtenerlo de seguro se necesitaba que el mariscal Davout pudiera marchar de prisa, para marchar de prisa que pudiera marchar sin precauciones, que tuviera fuerzas bastantes y que no estuviera obligado á esperar una incorporación dudosa.

Ocupado Napoleón á la vez en muchas combinaciones, descuidó estas consideraciones por desgracia. Ya lo de cortar á Bagratión de Barclay de Tolly le parecía efectuado ó punto menos. Envolverle y aprisionarle parecía un apetecible y magnífico triunfo; pero había encargado á su hermano Jerónimo que pasara el Niemen con setenta y cinco mil hombres por Grodno, y calculaba, salvo dos ó tres días de tardanza, que la unión del mariscal Davout con el rey de Westfalia era casi infalible; que debiendo reunir estos dos jefes cerca de cien mil hombres acabarían con Bagratión, envolviéndole y aprisionándole ó batiéndole de plano. De consiguiente creyó haber hecho bastante por este lado del inmenso campo de batalla, sobre el cual su previsión se ejercitaba. Ahora meditaba una combinación digna de su vasto genio, la cual debía entregar al mismo Barclay de Tolly en sus manos, al modo que Bagratión sería entregado á Davout y al rey Jerónimo, lo cual podría producir el fin de la guerra de un solo golpe. Entrado el 28 de junio en Wilna, y habiendo ocupado diez días en reunir sus tropas y en reorganizar sus equipajes, se lisonjeaba de poder partir de allí el 9 de julio. Había imaginado dirigirse hacia el Dwina sobre el campo de Drisa, y mientras Oudinot y Ney llamaran la atención de Barclay de Tolly con cerca de sesenta mil hombres, pensaba maniobrar detrás de ellos; trasladarse á la derecha con las tres divisiones restantes de Davout, con la guardia, con el príncipe Eugenio, con la caballería de Murat; cruzar súbito el Dwina sobre la izquierda del enemigo hacia los alrededores de Polostk, por ejemplo, punto en que es muy fácil de cruzar este río, envolver al grande ejército ruso en su campo de Drisa, cortarle á la vez de los caminos de San Petersburgo y de Moscou y no dejarle así más arbitrio que abrirse paso ó rendir las armas. Al plan de una retirada indefinida, que había descubierto perfectamente en los rusos, no le era

dado oponer una combinación más sabia y terrible, y todas las eventualidades estaban de su parte con las fuerzas de que disponía y con su arte de maniobrar ante el enemigo.

Con efecto, aun después de las marchas ejecutadas y de las deserciones sufridas, Oudinot y Ney contaban más de cincuenta mil hombres, treinta mil las tres divisiones de Davout retiradas, veintiséis mil la guardia, tras un desfaldo producido por lo que se dirá en breve, setenta mil el príncipe Eugenio y quince mil Murat. Era una fuerza total de cerca de doscientos mil hombres, que contenía lo mejor del ejército. Si Napoleón empleaba sesenta mil hombres en ocultar su movimiento, le quedaban ciento cuarenta mil para pasar el Dnieper por la izquierda de Barclay de Tolly y para envolverle y destruirle. Seguro parecía el resultado, y se concibe que inflamara la imaginación poderosa de Napoleón.

Sólo había un error, el de querer llevar á la vez todos los objetos á cabo. Posible era que, por dar alcance á Barclay de Tolly, se librara Bagratión, como lo era que, por caer sobre Bagratión, se escapara Barclay de Tolly. Necesitábase optar de consiguiente y asegurarse ante todo de la destrucción del uno sin perjuicio de dedicarse de seguida á la destrucción del otro. Reservándose doscientos mil hombres, número que para la operación principal no era excesivo, sin duda Napoleón concediera al mariscal Davout fuerzas bastantes para la operación secundaria, dejándole cien mil hombres si los tuviera á mano. Pero de estos cien mil hombres, setenta mil á las órdenes del rey Jerónimo debían haber pasado el Niemen por Grodno, y tenían que ejecutar una travesía de más de cincuenta leguas para unirse al mariscal Davout por entre un país cubierto de selvas y espantosos pantanos.

Contando con esta incorporación á pesar de todo, no quiso desprenderse de las tres divisiones del primer cuerpo, que eran las de Morand, Friant y Gudín, teniéndolas en más que á la misma guardia; y deseando también dar al mariscal Davout un refuerzo que le permitiera subsistir por sí solo, mientras la incorporación del rey Jerónimo se efectuaba, destacó de la guardia á la división de Claparede, compuesta de los famosos regimientos del Vístula y los lanceros rojos á las órdenes del general Colbert. Hermosa tropa era la de la división de Claparede, si bien, completada al entrar en Polonia con quintos, era de temer que se hallase reducida de seis ó siete mil hombres á cuatro ó cinco mil de infantería, esto es, de veteranos; por lo que ataña á los lanceros rojos, no eran más de mil setecientos caballos. Aunque limitado á seis mil hombres de todas armas, no era menos útil este refuerzo, á causa de su valor sobre todo. No envió al mariscal Davout más auxilio; pero hizo muchas excitaciones al rey Jerónimo para comprometerle á marchar más de prisa, y aprestóse personalmente á ponerse en movimiento el 9 ó 10 de julio para comenzar la operación decisiva que había meditado contra Barclay de Tolly.

Seguro el mariscal Davout de juntar con la división de Claparede y los lanceros rojos veinticuatro mil hombres de infantería y once mil caballos, sabiendo que estaba cubierto á su izquierda por el príncipe Eugenio, no experimentó ninguna inquietud respecto de lo que pudiera encontrar por delante. Habiendo resistido tiem-